

RESEÑA I

TRAS OTRO PROGRESO

Héctor J. Huyke escribe *Tras otro progreso, Una filosofía de la tecnología desde la periferia* (2014). El filósofo toma como objeto de reflexión el complejo tema de la tecnología en su desarrollo moderno. Del mismo modo que raramente el ojo se mira a sí mismo, así también raramente la tecnología se mira a sí misma; por eso es necesario un saber mediante el cual enfoquemos la mirada sobre la tecnología. La tecnología es un componente tan poderoso de la sociedad moderna que casi se confunde con ella; no es, pues, casual que el cuestionamiento de la modernidad genere también un cuestionamiento al progreso y, especialmente, al llamado progreso tecnológico. Este progreso, tema consustancial con la modernidad, es precisamente uno de los temas medulares de esta obra. El estudio sobre la tecnología que Huyke aborda en esta obra se hace desde la perspectiva filosófica. La filosofía de la tecnología es ya una rama del saber filosófico con su propia trayectoria y su propia problemática. La filosofía no es un saber primariamente empírico —esto es la ciencia—; la filosofía es a manera de un metalenguaje, pues constituye campos de saber acerca de objetos que ya tienen su propio discurso; en este caso la tecnología es acción que se prolonga en discursos y sobre esa acción y sobre esos discursos la filosofía crea un metalenguaje. La filosofía de la tecnología no es una mirada de la tecnología sobre sí misma, sino una mirada de la filosofía sobre un campo objetual de práctica y conocimiento existente en las sociedades. Como bien dice Huyke, la tecnología genera una cultura tecnológica, una ideología.

Huyke entiende por tecnología «cualquier tipo de cosa, conocimiento o actividad que, en un contexto político, económico y cultural particular, muestre un marcado el esfuerzo de optimización». (18) Pero esta optimización se convierte en un patrón de conducta que la cultura tecnológica promueve. Esta cultura tecnológica sigue dos patrones: multiplicar las opciones y «agilizar la elección y el patrón de sustituir las cercanías por las lejanías». (19) Huyke nos explica el objetivo de esta obra: «Este libro recoge y ordena un número de reflexiones no contra la tecnología como tal, lo que sería absurdo, sino contra la práctica general de optimización que ha venido a caracterizar el mundo contemporáneo, a la luz de consideraciones culturales y políticas que apuntan a otro progreso y que van de la mano con los fines de la vida humana en el propio mundo contemporáneo». (15) Es decisivo, como apunta Huyke no mirar la tecnología solo como un medio, sino que es preciso tener bien presente los fines, porque éstos son los que marcan la vida humana, la hacen mejor, mediocre o peor. Una tesis muy importante de Huyke es que los fines están presentes ya en la tecnología. Y que ellas mismas resultan convirtiéndose en fines. En el mejor espíritu filosófico esta obra no pretende neutralidad alguna, sino que desde el inicio lo que se plantea son los fines, «ayudar a la humanidad a avanzar», y las tecnologías podrían hacerlo «solo si lo que optimizamos con ellas añade algo de valor a lo que la humanidad ya tiene de lo que quiere de la vida». (15)

De acuerdo a Huyke, las tecnologías modernas no acercan, sino que alejan; promueven lejanías donde antes había cercanías. A la luz de esta realidad, Huyke propone dos principios. «El principio de las cercanías. El progreso a través de las tecnologías debe ser el resultado de que las tecnologías que apropiamos y construimos para nuestro uso, en sus diversos acoplamientos y en apertura de las lejanías, fortalezcan las cercanías». (16) Las cercanías son encuentros reales entre personas, encuentros cara a cara, presenciales e inmediatos. Las opciones que presenta la tecnología actual favorecen las lejanías, lo cual no crea sino que disminuye la diversidad y producen desarraigo. El segundo principio que Huyke postula es el del trabajo significativo. «Nadie debe ser privado del trabajo significativo. La práctica actual del progreso, sin embargo, amenaza lograrlo». (17)

Huyke habla de tecnologías arraigantes, es decir, de aquellas que «colaboran en el esfuerzo, el trabajo y la creatividad en el desarrollo de alguna o varias capacidades; tecnologías que motiven la creación de lazos entre los seres humanos en presencia de las cercanías; tecnologías que arraigan a las personas en alguna localidad». (19)

A lo largo del siglo XX hubo pensadores que afrontaron de forma muy crítica el progreso tecnológico: Martín Heidegger, Hanna Arendt, Jean Baudrillard, Peter Sloterdijk, Jacques Ellul, etcétera; pero ya en el siglo XIX Federico Nietzsche y antes el romanticismo lo habían realizado alguna crítica. La característica de todos estos críticos del progreso tecnológico es el desengaño. Huyke nos dice que está de acuerdo con ellos en el «desengaño en torno al progreso alcanzado y por alcanzar a través de la tecnología actual. Pero nosotros queremos progresar». (25) La crítica de los autores mencionados es pesimista; Huyke se aleja de ella y cree «en otro progreso». Huyke aclara que para él no se trata de una crítica abarcadora y totalizante de la modernidad, ni menos del llamado «fin de la historia» que los posmodernos proclaman. «Tomamos de Michel Foucault la orientación a encontrar espacios de libertad en las prácticas de dominación, rupturas que nos permitan lo que llamamos cambio de dirección: tras otra tecnología, tras otro progreso». (27) Para actuar, no necesitamos mucha historia porque ésta paraliza la acción; más bien es necesario «romper con el pasado, aniquilarlo», decía Nietzsche. Tal vez haya que limitar el cambio y pensar más bien en la felicidad humana como fin de su vida, según el pensamiento ético de Aristóteles. De acuerdo al filósofo moral Alasdair MacIntyre, desde el siglo XVIII la filosofía moral abandona el planteamiento de una finalidad de la vida humana; es decir, la moral deja de ser teleológica. Pero Huyke nos recuerda que no podemos plantear «otro progreso» sin pensar en los fines de la vida humana. De ahí que nuestro autor considere significativa la idea aristotélica del fin de la vida humana como felicidad, solo que habría que darle precisión a esa idea del fin último entendido como felicidad.

Ese «otro progreso» se postula como la posibilidad de la humanidad de superarse a sí misma «en la vitalidad, en la prosperidad y en la

diversidad que pueda haber alcanzado». (28) Huyke nos recuerda que Herbert Marcuse había observado que el actual desarrollo de las fuerzas productivas ha dejado de ser liberador. La actual dominación funciona a través de una vida administrada. Huyke alude a la crítica marxista de la tecnología. Anfreu Feenberg observó que Marx fue el primer estudioso serio de la resistencia a la tecnología moderna. «Marx observó en detalle cómo la mediación técnica del trabajo aceleraba el crecimiento económico a la vez que creaba nuevas jerarquías sociales». (30) Asimismo, Marx observa algo muy evidente y es que el trabajo en la fábrica moderna hace del trabajador «una mutilada monstruosidad». No obstante estos dos méritos señalados, Huyke observa: «Pero a la hora de asumir una posición ante la tecnología capitalista, Marx, y sobre todo el marxismo, se concentran más en la necesidad de planificación económica y control por parte de los trabajadores, que en la necesidad de un cambio de dirección que ha tomado la tecnología como tal». (31) Para Engels la abolición de la autoridad en la industria implicaba al mismo tiempo la abolición de la industria como tal; lo cual él reputaba como un infantilismo. El marxismo ha subestimado la idea de un cambio de dirección en la tecnología. Huyke ve más favorable la posición de José Ortega y Gasset. Éste observa que no podemos caer en la ilusión de que solo hay una técnica: la europeo-americana. También Lewis Mumford criticó la obsesión con la máquina; se cree que la máquina es omnipotente. Huyke concluye: «No es cierto que el ser humano muestra una sola trayectoria en lo que concierne a la tecnología». (42) Al contrario: «nos parece que las culturas tecnológicas presentan gran diversidad». (43)

Huyke repara en tres tipos de cambio en lo que respecta a la tecnología. 1. «El cambio tecnológico como sucesión de una tecnología a otra bajo un mismo patrón de optimización». (45) En este caso se trata de adelantos técnicos, de sucesiones tecnológicas. 2. El cambio que consiste en pasar de una cultura tecnológica a otra. Por ejemplo, la introducción de la maquinaria moderna en el espacio fabril. «El patrón de optimización de multiplicar las opciones y agilizar la elección, así como el patrón de sustituir las cercanías por alguna lejanía, tienen mucho que ver con el cambio en dirección presentado por la máquina». (45) 3. El cambio que supone una transformación en el andamiaje político y cultural.

Este cambio ocurre a causa de un número de sucesiones dentro del mismo patrón de optimización o en el caso de un cambio de ese patrón a otro. Este tipo de cambio termina en un desenlace en la relación del ser humano con la tecnología.

Huyke vuelve sobre Heidegger en su meditación de la técnica. No está de acuerdo en su idea según la cual la técnica es actualmente el modo como se devela el «ser». Para el filósofo el ser se devela y oculta epocalmente; una fue la develación originaria con Parménides y Heráclito; la develación moderna va unida a Descartes y el dominio del sujeto sobre el objeto en cuya perspectiva también entra la técnica. Ellul observa que la tendencia general del predominio de la técnica es inevitable y Huyke agrega que este parece ser el sentido común en relación con la tecnología. La «retórica de la inevitabilidad» es el marco de referencia tecnocrático. Existe también la tesis de quienes afirman la religión de la tecnología, es decir, la idea a tenor con la cual la tecnología es la salvación del género humano. La idea según la cual la tecnología es solo un medio, (idea instrumental de la tecnología) solo sirve a la idea persistente de que la tecnología es progreso. Peter Paul Verbeek habla de nuestro modo de ser tecnológicos, es decir, de que hemos llegado a constituir nuestro yo en cierto modo tecnológicamente, es decir, a través de nuestras relaciones con la tecnología y siempre con la idea dominante de un patrón de optimización.

Con la tecnología no hemos progresado, o muy poco. «La tecnología, como la humanidad, no se manifiesta bajo un desplazamiento fijo hacia adelante o hacia atrás en varias velocidades sin ningún camino alternativo». (62) La idea casi fija es que la tecnología siempre avanza, está en constante progreso. Ernest Kapp se refiere al hecho de que la tecnología es el modo como el ser humano extiende sus órganos naturales. (Lo que Karl Popper denomina evolución exso-somática). Jeffrey Sachs sostiene que los seres humanos han vivido pobre y hasta miserablemente y esto solo vino a cambiar a partir de la revolución industrial. Contra la idea del progreso tecnológico se aducen muchos argumentos. Solo pensar en los numerosos daños causados por el automóvil, en especial al medio ambiente, por ejemplo, con la emisión de gases. El llamado «desarrollo»

que se impone a todo el mundo desde el norte dominante, no ha disminuido la pobreza, la insalubridad, el analfabetismo, el hambre, las muertes prematuras y, sobre todo, no hemos eliminado la guerra, etcétera. La mayor destrucción por medio de las guerras ha ocurrido en el siglo XX. De acuerdo a Huyke, es necesario interpretar todo progreso a la luz del conjunto más amplio de la vida humana.

Para Lewis Mumford la tecnología moderna se caracteriza principalmente por la expansión del poder, lo cual se traduce en un mayor control. El industrialismo moderno puede calificarse como un «operación militar a gran escala». Se ha hecho de la vida humana una operación militar. Un ejemplo muy dicente es que gran parte de los fondos federales para la investigación científica proviene del Departamento de la Defensa. La tecnología militar se ha desarrollado en el sentido de una eficiencia en matar un mayor número de personas compatible con una menor destrucción física. «Los desarrollismos tecnológicos nos han legado un mundo en el que la violencia a distancia –en gran medida sin dar la caras concebida como la solución. Impartir terror, que es como debiéramos llamarle, se ha convertido en la solución en todos lados». (97) La tecnología, como señala Sloterdijk, sirve a ambos lados de los terrorismos. Con la sofisticación tecnológica actual hemos llegado al «fin de la historia». Con esta última conclusión, Huyke se muestra en desacuerdo. Baudrillard considera que hay un avance espectacular en la tecnología y un «atraso moral» en el juicio de la misma.

La felicidad está asociada con las cercanías más que con las lejanías. «El progreso en felicidad radica en fortalecer las cercanías en el sentido de lo presencial». (119) La cercanía implica la presencia real de las cosas, los encuentros cara a cara con las personas y con uno mismo. «El progreso a través de la tecnología será el resultado de que los fines de las tecnologías que apropiemos y construimos para nuestro uso y el de los demás, en sus diversos acoplamientos entre sí y en apertura a la lejanía, fortalezcan las cercanías». (124)

De acuerdo al sociólogo Bruno Latour sujetos y objetos se fabrican de modo simultáneo. Huyke rechaza la tesis de Latour según la cual la

modernidad supone una trabazón «entre el colectivo y la tecnología». «Decir que se trata de una más profunda intimidad se presta a todas las ilusiones de lo mucho que hemos progresado». (131)

Para Hanna Arendt la vida política implica acción política. La acción política se desarrolla entre personas reales, vivas; la acción política supone la respuesta activa del otro desde su libertad. En la acción política se da la mediación de cosas, materias, técnicas. También las tecnologías políticas han avanzado en el sentido de la supresión de las cercanías y el aumento de las lejanías. La red en el espacio virtual hace más ágil la comunicación. «Pero la agilidad con la que nos podemos mover en los medios electrónicos tiende a degradar la acción política en mil maneras». (137) Existe hoy el lema: «pensar globalmente, y actuar localmente». Que Huyke traduce así: «estar mejor informados de lo lejano, pero actuar en la cercanía». (137) No hay tal cosa como comunidades virtuales. De nuevo se sustituye la cercanía por la lejanía. Es un desperdicio de tiempo que podían usar mejor en actividades reales de la comunidad. Hoy los estudiantes saben más de la realidad virtual que de la realidad real. La denominada virtualidad no es transparente y si solo construcción, artificio. De todos modos es preciso saber que en cualquier tecnología no hay una información perfecta, y transparente.

Uno podría pensar que la argumentación contra las modernas tecnologías virtuales se parece a la que mantuvo Sócrates contra la escritura. Huyke piensa que no es así. Sócrates argumentaba contra la escritura y a favor de la oralidad diciendo que produciría el olvido en las almas pues despreciarían la memoria. Huyke considera que se trata de un rechazo de la escritura que no puede ser aceptado. Pero Huyke rescata una diferencia entre el mero decir y el acto de aprender. Una cosa es leer y otra enseñar y aprender. Se suele invocar también la importancia de las redes sociales para convocar a rebeliones como se vio en la llamada primavera árabe. Huyke piensa que «las redes sociales no hacen las revoluciones». (152) Hay que rechazar la distracción de la realidad que los medios virtuales promueven. La red no resuelve la desigualdad en el mundo. En las manifestaciones reales se encuentran los amigos y se conocen nuevas gentes. La vida en la pantalla no es una vida alterna. «El

criterio de la virtualidad como ante-realidad consiste en que las tecnologías de información no deben hacerse pasar por realidad. Más bien, deben constituir una ante-realidad que invite a la realidad. No hay tal cosa como realidad virtual: la virtualidad no significa otra cosa que virtualidad». (160) Existen saberes locales, cultura bien arraigada en un suelo, y tiende a despreciarse en este mundo global y virtual. Vattimo es complaciente con el cosmopolitismo. «Presenta un panorama engañoso por virtud del anclaje unilateral en ciertos productos culturales en vez de aspectos más decisivos de la vida activa de las gentes del mundo». (181) La diversidad no ha aumentado con el presunto progreso, en verdad lo que ha hecho es disminuir la diversidad.

La ciudad moderna es dispersa; no aproxima sino que aleja. Las urbanizaciones cerradas, con control de acceso, lo que hace es fragmentar la ciudad. La educación a distancia fomenta el clasismo. No conduce a una verdadera educación. Uno se desprende de ella con demasiada facilidad.

El trabajo debe ser significativo, pero en la sociedad moderna lo que hemos tenido es un trabajo alienado. Marx se refirió amplia y profundamente a este tema, como bien reconoce Huyke, denominándola objetivación del trabajador en la fábrica moderna. Pero hoy, agrega Huyke, se suman nuevas desigualdades en el mundo del trabajo: el desempleo, el sub-empleo, el empleo informal. Existen economías en que al menos un tercio de la población laboral pertenece al trabajo informal. Huyke distingue labor y trabajo. La labor es un empleo rutinario, serial, con el cual es casi imposible la finalidad humana del trabajo significativo, del trabajo que desarrolle las potencialidades humanas.

El trabajo significativo debe ocupar un lugar importante en la vida humana. Algunos pensadores han imaginado un mundo en el que el trabajo pudiese asemejarse al juego. El juego puede aportar al trabajo libertad y fantasía. Sin duda el trabajo implica tensión, y ésta por más significativo que sea el trabajo no puede eliminarse. Aunque Huyke no cita a Marx bajo este respecto, éste consideró un nuevo tipo de educación donde se reunieran el trabajo, el juego y la enseñanza. (*El capital*, FCE, 1974,

vol I: 405) Es verdad que está citando a Robert Owen, pero aprobándolo. Marx reconoce como finalidad la misma que Huyke, pues habla de seres humanos «plenamente desarrollados». Y en el vol III del *Capital* habla del reino de la libertad donde se daría «el libre despliegue de las potencialidades humanas».

«La experiencia humana directa no es otra cosa que la experiencia presencial». (111) Habría que pensar cómo se conecta este valor de la presencia con la crítica de Heidegger quien hace ver que la idea occidental de «ser» es presencia. El ser es presencia y su correlato es el pensamiento como mera re-presentación.

Esta obra de Huyke tiene grandes méritos. Enfoca la tecnología desde la perspectiva de los fines (y no solo de los medios, como es usual). Para enjuiciar la tecnología desde los fines el autor se vale de un conjunto de valores éticos: la vida humana buena, es decir, con sentido de plenitud; la solidaridad, la dignidad de la persona, el diálogo cara a cara o principio de las cercanías. Con estos valores el autor tiene unos criterios determinados, importantes, a la luz de los cuales juzga el progreso no habido y la posibilidad de otro progreso. Sin duda la obra es no solo crítica con la tecnología, sino hipercrítica. Básicamente la tesis es que la tecnología moderna es una debacle general. Las posibilidades de otro progreso se relacionan muy poco o no tienen parecido alguno con las tecnologías dominantes en el planeta. Se ofrecen algunas perspectivas locales, pero en vista al predominio absoluto de la tecnología moderna, dichos cambios constituyen un punto en un espacio infinito. Dado que la crítica al progreso tecnológico moderno es total, no se necesitaría cambiar solo la perspectiva hacia otro progreso, sino también un cambio total de la sociedad. Lo que no aparece ni claro ni confuso es el Estado, si alguno, que sería necesario para una transformación radical como la que exige «otro progreso». Pequeños cambios locales en un universo con el predominio actual y absoluto de la técnica son casi insignificantes. Solo una perspectiva de cambio radical y total tendría sentido.

Otro gran mérito de esta obra es que es pensada, como dice el subtítulo «desde las periferias». El centro nórdico que se precia de

«desarrollado» impone a las periferias su modelo de desarrollo. Un modelo de desarrollo basado en un progreso tecnológico que, como se vio, es una debacle general. Es decir, se nos impone un mismo modelo, una ruta que no conduce sino a un desfiladero, al desastre general del planeta y de sus habitantes (seres humanos y seres vivientes). En breve, una obra excelente, de profundo sentido crítico y de apertura hacia otras modalidades del progreso tecnológico.

CARLOS ROJAS OSORIO